

INFANTE AMATE, JUAN. *¿Quién levantó los olivos? Historia de la especialización olivarera en el sur de España (ss. XVIII-XX)*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2014, 360 pp.

El presente libro de Juan Infante Amate es una de esas obras que entran en la categoría de imprescindibles para los interesados en la historia del olivar español, que es tanto como decir, dada la significación de este cultivo, de la agricultura española. Se suma a otros estudios que se han publicado en las últimas décadas y que han tratado monográficamente, y también excelentemente, este aprovechamiento, como las de Carlos Tió, Francisco Zambrana, Agustín López Ontiveros, el GEHR y J. R. Guzmán o en las que el olivar ocupa una parte destacada, caso de los trabajos de Antonio Miguel Bernal, Ignacio Jiménez Blanco, Santiago Zapata, James Simpson, J. Cruz Villalón y R. Mata Olmo. A ellas hay que añadir una gran cantidad de trabajos que abordan su análisis desde perspectivas provinciales o comarcales, como los de Luis Garrido; desde el ámbito del comercio exterior como los de Salvador Hernández Armenteros, V. Píñilla y Ramón Ramón Muñoz y, lo que resulta más novedoso, desde una perspectiva ecológica, caso de los estudios de José Manuel Naredo, Pablo Campos Palacín, Manuel González de Molina, y otros muchos trabajos que no es posible citar aquí. En definitiva, una riquísima bibliografía que responde a la importancia histórica del olivar en la vida de los españoles.

Las principales novedades del presente libro, al margen de deshacer algunos tópicos, radican en su amplia cronología: desde el Antiguo Régimen hasta la actualidad y en su enfoque: una visión completa del ecosistema olivarero y de su radical transformación, desde su carácter de aprovechamiento multifuncional hasta su conversión en lo que podríamos denominar “fábricas de aceitunas.”

Para realizar este larguísimo recorrido histórico y analizar los cambios tan importantes que han tenido lugar en un territorio tan amplio y diverso como Andalucía, el autor se basa en el estudio detallado de tres casos, de tres poblaciones que, en su opinión, son características de esta diversidad: Castilleja de la Cuesta en el Aljarafe sevillano, Baena en la Campiña cordobesa y Montefrío en los Montes Orientales de Granada. Desde mi punto de vista, que no es el de un experto en el olivar, y visto el desarrollo

del trabajo, la selección resulta convincente y representativa de tres tipos muy claros de vocaciones olivícolas. Desde la muy temprana de Castilleja, por su proximidad a Sevilla y a las redes comerciales, hasta la más tardía de Montefrío que ha tenido lugar en épocas recientes, en el momento culminante de la expansión del cultivo.

Precisamente, uno de los objetivos del trabajo es el análisis del progreso territorial del olivar y su geografía. Al respecto, el autor pone en claro dos elementos fundamentales. En primer lugar, que el “mar de olivos” que en la actualidad se puede ver en Andalucía es una realidad de nuestro tiempo y que su gran expansión es un proceso que ha culminado muy recientemente. En su larga historia de crecimiento, la superficie olivícola experimentó fases de mayor o menor aceleración que dependieron de factores muy variados: procesos institucionales, cambios en el comercio internacional, políticas económicas internas y fenómenos de integración económica. Así, se destaca el impulso de las reformas agrarias de la revolución liberal, el freno provocado por la crisis agropecuaria, la reconversión sufrida en primer tercio del siglo XX, el negativo impacto del franquismo, y el fuerte impulso derivado de la integración en la PAC. En segundo lugar, y dando respuesta a la pregunta que se plantea en el título del libro, deja claro que los olivares también los levantaron pequeños y medianos propietarios y no fueron el fruto exclusivo de las inversiones de grandes latifundistas, demostrando que la imagen de una Andalucía olivícola, latifundista y centenaria es uno de esos tópicos tan asentados como alejados de la realidad.

El autor aborda en distintos epígrafes de su libro facetas ya estudiadas en trabajos previos por distintos autores como las relativas al consumo, la comercialización, la evolución de los precios, el comercio exterior, la irrupción de otras grasas vegetales y su impacto, las formas de manejo del olivar, las técnicas de extracción del aceite y el variado aprovechamiento de los subproductos. Pero a mi entender, lo más novedoso es la contemplación de los olivares como un todo, como un amplio ecosistema, como el hábitat de un conjunto de seres vivos: hombres, animales y plantas muy diversas y su radical mutación en esta larga etapa histórica. Una evolución que partiendo de un olivar multifuncional, generador de excedentes netos en términos de materia y energía, en el que el fruto, la aceituna, repre-

sentaba tan solo una parte, y no la más importante, del conjunto de aprovechamientos, deriva en el actual sistema en el que los olivares tienen una única función: la producción intensiva de aceitunas, para la obtención de aceite y su comercialización. En este largo camino se repasan con detalle los principales momentos de cambio y sus causas: el crecimiento demográfico, el progreso en el carácter comercial del cultivo, el cambio en el uso del aceite y su transformación en un bien de consumo humano, las modificaciones en los sistemas de cultivo y en los aprovechamientos del ecosistema olivarero. Un largo proceso que se puede resumir en la adición constante de máquinas, productos químicos y energía al cultivo, aportadas desde fuera del sector, hasta el punto de encontrarnos hoy con un sistema productivo que se asimila a un sistema industrial más.

Al respecto, considero que no está de más recordar la vieja teoría de F. Quesnay y de los fisiócratas sobre el “producto neto” y la idea central de esta escuela de que la agricultura era el único sector productivo, en el sentido de que era el único que aportaba más productos de los que consumía (y, obviamente, más energía). A pesar de la crítica de A. Smith a esta parte del pensamiento fisiocrático (aunque se mostraba benevolente con ellos al considerar que la fisiocracia era un sistema “que nunca ha hecho daño, y probablemente no lo hará en ninguna parte del mundo”), considero que el fondo de los argumentos fisiocráticos, a la luz de trabajos como el que comento y del actual problema energético merece mucha más atención de la que le prestaban los clásicos. Además, este proceso de “industrialización” del cultivo olivarero ha tenido algunas consecuencias muy negativas que plantean graves incógnitas sobre la racionalidad y los límites del proceso: erosión y destrucción de suelos por la excesiva mecanización de las labores y la falta de abonado orgánico, contaminación por el abuso de abonado sintético, empobrecimiento de la biodiversidad, aumento de la dependencia de insumos de fuera del sector y del consumo energético. ¿Significa esto un nostálgico canto al pasado, la reivindicación de un mundo perdido e idealizado y una crítica a la modernidad? En manera alguna. Lo que éste y otros estudios ponen de manifiesto es la necesidad de medir y valorar adecuadamente los beneficios y los costes de dicha modernización: que las cuentas agrarias no sean tramposas; que se midan adecuadamente las externalidades negativas y los costes ambientales y sociales.

Sin restar un ápice a la calidad e importancia del trabajo, considero que se pueden plantear algunas sugerencias y observaciones. Así, aunque el autor ya avisa en la introducción de que el libro es una versión de su tesis doctoral y que diversos aspectos de la misma se han eliminado o reducido para esta edición como cuestiones metodológicas, fuentes y bibliografía, considero que la supresión de las fuentes y la reducción de la bibliografía no ha sido una decisión acertada. Creo que un libro de esta importancia bien merece tener una veintena de páginas más y no remitir al lector a una tesis, aunque su acceso sea fácil.

Una de las principales aportaciones de este trabajo, como ya he señalado, es su esfuerzo por contemplar el olivar desde una amplísima perspectiva que incluye los fenómenos económicos, junto a los análisis institucionales, sociales y agroecológicos. El resultado, en mi opinión, es ampliamente satisfactorio. Sin embargo, en esta línea he echado de menos alguna referencia al olivar como espacio privilegiado para el desarrollo de una espectacular biodiversidad. Los olivares no solo daban alimento, calor y cobijo a los hombres y a los animales domésticos de labor y de renta, también a una gran variedad de seres en estado salvaje. Privilegios de la edad y del lugar donde cursé mis estudios primarios y bachiller elemental: la espléndida finca Larrinaga en Carabanchel Alto, en aquellos años propiedad de los Marianistas, una parte de ella ocupada por un centenario olivar. Aquel espacio, poblado también con alcornoques y encinas, estaba habitado en los años cincuenta del pasado siglo por una fauna de una riqueza verdaderamente sorprendente: mochuelos, lechuzas, cárabos, jilgueros, verderones, cernícalos, culebras, lagartos, lagartijas, conejos... Una riquísima fauna que, en los olivares “industrializados” de la actualidad, casi ha desaparecido. En estos últimos años, en mis largos paseos por los olivares del sur de la sierra de Gredos no he visto ni un solo ejemplar de lagarto ocelado, tan abundante hace unas décadas. Esta fauna tenía un gran valor ambiental e, incluso, económico, pues los conejos proveían de proteínas animales a los campesinos.

También se echa en falta un análisis más detallado del impacto, tanto en términos de insumo económico como ambiental, de los tratamientos fitosanitarios del olivar. Así como el autor detalla el empleo e impacto de

los abonos químicos, no hace lo mismo con los tratamientos fitosanitarios algunos de ellos, como es sabido, muy intensivos.

Finalmente, considero que el autor podría haber dedicado algo más de espacio al análisis de los efectos negativos de la política agraria del franquismo sobre el olivar, particularmente en lo que respecta a su vertiente tecnológica. Hay una obra que el autor no cita en la bibliografía que aporta testimonios demoledores al respecto. Se trata de las actas del I Congreso Nacional de Ingeniería Agronómica de 1950. Un momento clave en la evolución de la economía española y del olivar. En la discusión de la ponencia dedicada a este cultivo, el ingeniero Antonio Cruz Valero hacía referencia a su asistencia, en compañía de otros ingenieros, al Congreso Internacional de Olivicultura de Túnez de 1929 y afirmaba: “Allí vimos con tanta admiración como sorpresa, que había un Centro Olivarero en la capital, con cinco ingenieros y todo el personal subalterno correspondiente; en Sfax tenían otro igual, con el mismo número de Ingenieros y de personal subalterno”. Tras constatar el atraso que España tenía en ese momento, en materia agronómica, en relación a Túnez, el citado ingeniero afirmaba: “Desde entonces, en vez de mejorar hemos ido empeorando: la Estación Olivarera de Tortosa ha desaparecido, quedando solo un campo de demostración, al frente del cual está un Perito Agrícola; la Estación Olivarera de Lucena también ha desaparecido, y lo mismo ha ocurrido con la de Almodóvar del Campo y hasta la Sección de Olivicultura que teníamos en la Granja de Badajoz, donde estábamos tres Ingenieros muy entusiastas de las cuestiones de olivos y aceites, ha desaparecido también, destruyéndose el Campo de Variedades de Olivo que habíamos formado allí, con plantas procedentes de las principales regiones olivareras de España. En resumen, que ahora sólo tenemos en España un Centro Olivarero que es el de Jaén, y éste, con tal pobreza que sólo tiene un Ingeniero allí, que es el señor Ortega Nieto.”

Razones de espacio no me permiten continuar con la reproducción textual de otras críticas que el Ingeniero Cruz Valero desgana en relación al abandono en el que el Estado franquista había sumido a la agronomía y la agricultura española. Baste con decir que el resultado de estas críticas era tan devastador que el director de la ponencia, el Ingeniero Miguel Ortega Nieto, algo inquieto, intenta suavizar el tono y afirma que la inter-

vención de Cruz Valero “le parece que encierra un reproche al Ministerio de Agricultura, pues sus palabras están dichas de manera categórica.” A ello, el interesado respondió “que hay que decirlo así, porque si no el país no se entera y nos echan a nosotros la culpa de los defectos, culpa que no tenemos”.

El autor de un trabajo es libre, evidentemente, de realizar un estudio abordado desde sus propios planteamientos y objetivos y marcar sus límites. Cuando ese esfuerzo se traduce en un excelente trabajo, como es el caso, los lectores tan sólo debemos agradecer su esfuerzo y sus enseñanzas y, a lo sumo, señalar las cosas que, además, nos hubiera gustado encontrar, como yo he hecho en esta reseña. Pero estos deseos no empañan, lo más mínimo, el valor de una obra. Y, sin duda, el valor del estudio de Juan Infante Amate es sobresaliente.

CARLOS BARCIELA

Universidad de Alicante